

Cuando un Inca moría, ó como decían ellos: «cuando volvía á ser llamado á la mansion de su padre el Sol,» celebraban sus funerales con gran pompa y solemnidad. Extrañábase al cuerpo los intestinos y se depositaban en el templo de Tampu, como á unas cinco leguas de la capital. Enterrábase con él una gran cantidad de sus alhajas y plata labrada, y sobre su tumba se inmolaba gran número de sus criados y concubinas favoritas, habiendo caso en que, según se dice, llegó á 1,000 el número de las víctimas. Algunos de ellos manifestaban la natural repugnancia al sacrificio que se ve algunas veces en la India entre las víctimas de una superstición semejante. Pero estos eran sin duda los criados mas subalternos, ya que á las mugeres se las ha visto en mas de una ocasion tratar de suicidarse cuando se les ha impedido probar su fidelidad por medio de este acto de martirio conyugal. Seguía á esta triste ceremonia un luto general en todo el imperio. Durante un año se reunía el pueblo con intervalos señalados para renovar las expresiones de su dolor; se hacían procesiones en que se desplegaba la bandera del difunto monarca; confiábase á poetas y trovadores el cuidado de referir y conservar la relacion de sus hazañas, y repetíanse estas canciones en las grandes festividades en presencia del monarca, estimulando así á los vivos con el ejemplo glorioso de los muertos.

Después de embalsamado con mucha destreza el cuerpo del Inca, se le trasladaba al gran templo del Sol en el Cuzco. Allí el monarca peruano, al entrar en el santuario terrible, podía contemplar las efigies de sus regios predecesores, colocadas en dos filas opuestas: los hombres á la derecha, y sus esposas á la izquierda del gran lumínar que brillaba en oro resplandeciente en las paredes del templo. Los cuerpos, revestidos con el ropaje real que acostumbraban á llevar, estaban sentados en sillas de oro con las cabezas inclinadas al suelo, y las manos tranquilamente cruzadas sobre el pecho.

Después de lo espuesto acerca del Perú y de haber dado una idea general de su estado civil moral, político y religioso en sus primitivos tiempos, no será ocioso que apuntemos aquí algo respecto á su conquista y respecto á su conquistador, uno de los personajes que mas brillo dan á las páginas gloriosas de la historia de España. El lector habrá desde luego comprendido que nos referimos á Francisco Pizarro.

Era natural de Trujillo, pueblo de Estremadura, y nació el año de 1475; fué hijo natural de un caballero español y de una cortesana.

Su niñez se pasó en las groseras ocupaciones del campo, donde guardaba los ganados. Privado de educación y avergonzándose del género de vida á que condenaban su juventud sentó plaza de soldado. Este oficio presentaba en Europa poco aliciente á su ambición, y se embarcó para América, animado por el ejemplo de tantos aventureros como allí se habían enriquecido. Acompañó á Balboa en su peligrosa expedición, distinguiéndose de tal modo, que á pesar de sus escasos conocimientos obtuvo el grado de oficial. El vigor de su constitución igualaba á su valor y á la energía de su carácter. El primero en el puesto del peligro, vigilante, aplicado, había comprendido la necesidad de suplir los conocimientos que le faltaban, y bien pronto hizo ver que el antiguo guarda de cerdos era muy digno del mando.

Tres hombres se asociaron para dirigir una espe-

dición al Perú. Cada uno de ellos se ofreció á contribuir con cuanto tenía para los gastos del armamento. Pizarro, menos rico que sus asociados, se encargó de dirigir y mandar la expedición; Almagro prometió llevarle de tiempo en tiempo refuerzos, viveres y municiones de guerra. En cuanto á Fernando de Luca, mas astuto é inteligente que sus compañeros, debía quedarse en Panamá para conservar las buenas disposiciones de Pedrarias y velar por los intereses de la asociación.

Cuando Luca consiguió que el gobernador aprobase la expedición, fué á la iglesia con sus dos compañeros y celebró una misa. Después de haber consagrado la hostia la partió en tres pedazos, comulgando él con uno y dando los otros dos á los cómplices de aquel sacrilegio, porque bien merece este nombre un acto que tenía por objeto la muerte y la desolación.

Un solo navío y 112 hombres de equipaje eran las fuerzas con que Pizarro se proponía conquistar el mayor imperio del mundo. Levó áncoras en el golfo de Panamá, dirigiéndose al Sur; pero se hizo á la vela en la estación menos á propósito, y los vientos periódicos le eran contrarios.

Natural era que Pizarro, privado de conocimientos especiales y positivos, hallase grandes obstáculos: quería dirigirse hácia el Sur, mientras que los vientos soplaban directamente al Norte.

Después de una navegación de 70 dias, después de una lucha peligrosa contra las olas y los vientos contrarios, apenas había pasado la isla de las Perlas, situada en el centro del gran golfo de Panamá.

Los diversos parages donde abordó Pizarro debían inspirar un profundo desaliento á este gefe y sus compañeros: no encontraban por todas partes mas que intrincadas selvas sin un solo árbol frutal, ó lagunas fangosas, cuyas aguas estancadas exhalaban mefíticos vapores, y por todas partes también acudían los pueblos salvajes para combatir y exterminar á los extranjeros. En lugar del oro que buscaban en aquellas costas, los españoles no habían encontrado mas que hambre, viéndose precisados para sostener su miserable existencia á comerse los tiernos retoños de los árboles, y viéndose además acometidos de enfermedades, á las que sucumbió la mayor parte de los compañeros de Pizarro. Viendo éste su tropa tan debilitada, comprendió que debía volverse atrás en busca del refuerzo que Almagro había prometido traerle. Se decidió á hacerse á la vela para Chuchama, situada enfrente de la isla de las Perlas.

Almagro, fiel á su promesa, había reclutado 70 hombres y se los traía á Pizarro, á quien suponía ya en el rico país cuya conquista habían proyectado. Dirigiéndose hácia este parage, había encontrado el mismo obstáculo que su compañero en los vientos contrarios; lo mismo que éste había tenido que combatir con los habitantes de las costas, y aun había perdido un ojo en un encuentro muy vivo con los salvajes. En la isla de las Perlas supo dónde se había refugiado Pizarro, y fué al instante á reunirse con él en Chuchama.

Esta reunión hizo olvidar á los dos aventureros los males que habían sufrido, y lejos de sentirse desanimados con tan tristes preludios, resolvieron hacerse al instante á la vela. Esta vez fueron mas felices, y llegaron, aunque no sin dificultades, á la bahía de San Mateo en las costas de Quito. Desembarcaron en Tucumán, cerca de la embocadura del rio de las Esme-

raldas. Quedaron agradablemente sorprendidos con la fertilidad de una provincia, que era la mas vasta y mas bella del imperio del Perú, porque á pesar de que este pais se halla bajo el fuego del Ecuador, el aire es tan templado que ofrece la suavidad de una eterna primavera.

Pero este hermoso pais se balla espuesto á tempestades y temblores de tierra tan frecuentes, que alejan de él á los europeos. La capital del Perú fué victima cuatro veces de los temblores de tierra: enteramente destruida por la quinta catástrofe hace mas de un siglo, fué reedificada; pero los habitantes, avisados al fin por una triste esperiencia, se guardaron muy bien de construir casas muy altas, que no convienen á un pais cuyo suelo se halla espuesto á tan frecuentes conmociones. Las edificaron de un solo piso, para que pudiesen resistir mejor á los temblores de tierra, conformándose en este particular á la antigua costumbre de los indigenas.

Pizarro y Almagro opinaron que seria una temeridad el intentar una conquista que podia presentar grandes dificultades con una tropa debilitada ya con las fatigas de un largo viage y las enfermedades, y se decidió que Almagro volviese á Panamá para buscar nuevos refuerzos, mientras que Pizarro iria á esperarlos con los soldados que le quedaban en la isleta del Gallo, situada á poca distancia de tierra firme. A consecuencia de esta resolucion, Almagro se separó de su compañero y partió á Panamá.

Pizarro abandonó bien pronto la isla del Gallo que le ofrecia poca seguridad, y pasó á otra isla, á la que dió el nombre de Gorgona, á causa de los sombríos y espesos bosques de que estaba cubierta, y de las escarpadas montañas que la erizaban. Hacia ya cinco meses que estaba en ella, y todavia no habia llegado ningun navio con las provisiones y refuerzos que esperaba. Trató entonces de salir de una posicion tan horrible y llegar á tierra firme. Comenzó á trabajar con ayuda de sus compañeros en la construccion de una balsa, único recurso que se presentaba en medio de su desesperacion; pero en el momento en que trabajaban con mas ardor en esta obra difícil, vieron venir un navio á toda vela hácia la isla.

Pronto llegó, y su arribo escitó trasportes de alegría, porque venia enviado desde Panamá por los asociados de Pizarro, que habia conseguido al fin el permiso del nuevo gobernador. Pizarro y sus catorce compañeros se embarcaron en este navio, haciéndose á la vela al Sud—Este hácia las costas del Perú.

Despues de 21 dias de navegacion entraron en la bahía de Tumbez, ciudad peruana. Apenas habian anclado los españoles, cuando acudieron muchos peruanos, manifestando la sorpresa que les causaba la vista del navio y de hombres blancos y con barbas. Despues se acercaron diez ó doce canoas llenas de peruanos que traian á los españoles bastimentos de toda especie en vasos de oro y de plata: todo esto lo enviaba el cacique, invitádoles al mismo tiempo á desembarcar. Todos querian bajar á tierra; pero Pizarro no concedió este permiso mas que á uno de sus españoles, acompañado de un negro. El diferente color de aquellos dos estrangeros asombró á los peruanos, que todos son de color de cobre, é hicieron un experimento singular con el negro, lavándole la cara á ver si se volvia blanco: la inutilidad de sus esfuerzos no hizo mas que redoblar su asombro y admiracion.

Los dos enviados de Pizarro fueron recibidos en

todas partes con el mayor afecto, festejando su llegada y ofreciéndoles víveres y la hospitalidad mas generosa. Pudieron de paso juzgar de la riqueza del pais por el oro y la plata que brillaban en las habitaciones.

La lana que los peruanos empleaban en sus vestidos no era producto de verdaderas ovejas, sino de otros animales lanudos, á los que llamaban indistintamente llamas, carneros del Perú y guanacos.

Convencido Pizarro por la relacion de los dos enviados de que seria una locura tratar de someter con tan escasa tropa un pueblo tan numeroso, dilató la ejecucion de su empresa y resolvió limitarse á explorar las costas de aquel hermoso pais y adquirir noticias exactas acerca de sus fuerzas y el régimen de gobierno de la nacion peruana. Con esta intencion se apresuró á dirigirse hácia el Sud.

De vuelta en Panamá, se creyó Pizarro que el gobernador, viendo las pruebas de la riqueza de las comarcas visitadas por los españoles, le facilitaria su apoyo para preparar otra expedicion. En vano presentó á Pedró de los Rios los vasos de oro y de plata; en vano ostentó á su vista las telas de lana y algodón que habia traído; en vano le enseñaba muchos jóvenes peruanos que habia embarcado para que le sirviesen de intérpretes, el gobernador permaneció indiferente y frio: llegando su prudencia á equivocarse con la cobardía, temió debilitar la colonia de Panamá permitiendo á Pizarro que reclutase nuevos soldados. Rehusó por consiguiente toda especie de socorro á los tres asociados, á quienes esta negativa puso en el mayor compromiso, porque estaban completamente arruinados y sin crédito para procurarse nuevos recursos.

Resolvieron dirigirse directamente á la córte de España, y Pizarro fué elegido para desempeñar esta difícil comision. Los tres compañeros lograron reunir los fondos necesarios para el viage, y Pizarro partió. Presentóse á Carlos V, que entonces reinaba en España, y todos los que conocian al gefe de los aventureros quedaron admirados de la dignidad y nobleza con que se presentó en la córte. La relacion que hizo al emperador y á sus ministros de los trabajos y peligros de la primera expedicion, el cuadro que trazó de los vastos dominios que habia descubierto, y el acento de verdad de sus palabras maravillaron á la córte imperial. Se apresuraron á concederle la autorizacion que solicitaba, obteniendo ademas el gobierno de todos los paises que conquistase y la dignidad de juez supremo, sin embargo de que se habia comprometido á pedir esta dignidad para su amigo Almagro. Fernando de Luca, el tercer asociado, como que era eclesiástico, no inspiraba recelos á la ambicion de Pizarro, y asi no tuvo queja de infidelidad, porque á peticion de Pizarro le concedieron la dignidad de arzobispo de todos los paises que fuesen conquistados.

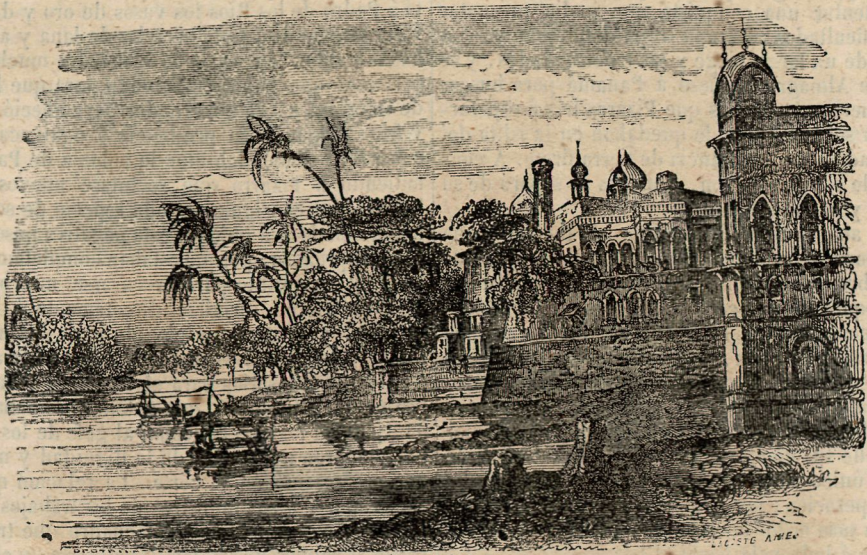
Asi que Pizarro entró en el golfo de Méjico, se dirigió hácia Nombre de Dios, desembarcó con sus compañeros y siguió á lo largo del istmo hasta Panamá. Almagro se llenó de júbilo al saber el feliz resultado de las negociaciones de Pizarro en Madrid; pero cuando supo la deslealtad con que se habia portado respecto de él, se llenó de indignacion y declaró que no queria tener mas relaciones con un hombre que le habia engañado tan indignamente. Al fin Fernando de Luca consiguió reconciliarle con Pizarro, que ofreció cederle la dignidad de juez supremo. Entonces los tres asociados se ocuparon con la mayor actividad en los preparativos de la expedicion.

No se componía mas que de tres navíos pequeños y de 180 soldados, entre los que se contaban 36 ginetes. Se hizo á la vela á principios del año de 1531. Pizarro queria desembarcar en Tumbez; pero fué alejado por los vientos y las tempestades, y tuvo que entrar en la bahía de San Mateo, desde donde resolvió ir por tierra á Tumbez, aunque era preciso atravesar un pais cubierto de lagunas intransitables y cruzar grandes rios cerca de su desembocadero. Durante esta penosa marcha, los españoles hubieran podido hallar algunos auxilios en los indígenas; pero estos huían al acercarse unos estrangeros, cuyos pasos iban señalados con las violancias y rapiñas. Falto de víveres y en vísperas de morir de hambre llegaron á Conca, ciudad situada cerca del mar y casi debajo de la línea. Se arrojaron cual lobos hambrientos que invaden un rebaño sobre la desgraciada ciudad, ahuyentando á los habitantes para saquearla. Se apoderaron no solo de los víveres de los indios, sino tambien de muchos

los montaba tenían por un mismo animal, todos los peruanos huyeron poseidos de espanto. Pizarro y sus caballeros los persiguen y los dispersan, dando muerte á algunos de ellos.

Reconociendo su debilidad y el irresistible poder de tan formidable enemigo, el cacique envió regalos al vencedor, pidiéndole la paz con vivas súplicas. Este cacique no era soberano de todo el pais, sino únicamente gobernador de todo el territorio de Tumbez: mandaba en nombre del rey, de quien era á un tiempo el teniente y el vasallo.

Entretanto Pizarro, despues de haber salido de Tumbez, avanzaba siempre con direccion al Sud, hasta llegar á la embocadura del rio llamado Piura. Esta comarca le pareció conveniente para establecer una colonia que fué la primera que fundaron los españoles en el Perú y á la que dieron el nombre de San Miguel. Resolvió dejar en ella una parte de sus tropas para que activasen los trabajos del nuevo estableci-



Isleta del Gallo.

vasos de oro y plata y de esmeraldas. Estas piedras preciosas se hallan con tal abundancia en este pais, que han hecho dar al rio que le baña el nombre de Rio de las Esmeraldas.

Despues de haber permanecido algun tiempo en la isla de Puna, que está situada en el golfo de Guayaquil, salió Pizarro de esta isla para volver al continente. Se dirigió á marchas forzadas hácia Tumbez; pero habia llegado allí la noticia de las rapiñas de su tropa, y en lugar de hallar en los habitantes la hospitalidad y afecto que tanto habia tenido que alabar, no encontró mas que disposiciones hostiles. Habian tomado las armas, y con el cacique á la cabeza se resistieron á todas las tentativas de Pizarro para que hiciesen alianza con los españoles.

Era forzoso combatir. Pizarro concibió el proyecto de sorprender al cacique con un brusco acometimiento. Parte acompañado de sus dos hermanos con 50 ginetes, atraviesa por la noche un rio, y superando los obstáculos de un terreno intransitable, se presenta al romper el día delante del campo del cacique. A vista de un enemigo que creían tan distante, y de los caballos, de aquellos mónstruos que con el ginete que

miento, mientras que él con un corto número de soldados penetraba en lo interior del pais.

Apenas habia salido de San Miguel, cuando recibió casi al mismo tiempo diputaciones de Huascar y de su hermano Atahualpa. Como este le pedia una entrevista, salió al encuentro del Inca; pero mientras que Atahualpa, confiando en la lealtad del gefe español, no pensaba mas que en desplegar toda la pompa y magnificencia de la soberanía en su marcha solemne, Pizarro adoptó algunas medidas que revelaban sus disposiciones hostiles: parecia que iba á un combate mas bien que á una cita amistosa.

Al acercarse á donde estaban los españoles, notó Atahualpa su actitud hostil, y sus amigos le participaron sus sospechas y temores, que á la verdad no eran infundados.

«Estos estrangeros, contestó el Inca para tranquilizarlos, son unos enviados de la Divinidad; guardaos mucho de irritarlos con vuestras ofensas, nuestro deber es conciliarlos su afecto con nuestras atenciones y nuestra presteza en ejecutar cuanto pueda serles agradable.»

Mientras que dirigía estas palabras á los que le

rodeaban, el capellan ó misionero que llevaban los españoles, Vicente Valverde, se adelantó, llevando la cruz en una mano y la Biblia en la otra, y colocándose cerca del palanquin del emperador, le dirigió un largo discurso para explicarle los principales dogmas de la religion cristiana.

El Inca escuchó con una paciencia admirable este discurso, limitándose á responder á Valverde con gran moderacion:

«Que él no deseaba otra cosa mas que hacerse aliado y amigo del rey de España; aunque no estaba dispuesto á reconocerle por señor. Que todo lo restante del discurso era ininteligible para él; pero que tendría un placer en saber de qué medio se habia valido para que llegasen á su noticia todas las cosas que habia contado.

«Por este libro.»

Esta fué la única respuesta de Valverde, que le enseñaba su biblia. El Inca coge el libro, le examina, le da una y mas vueltas en todos sentidos, se le acerca á la oreja y al fin arrojándole, dijo con burlona sonrisa:

«Nada me habla.»

rído, excepto Pizarro, contuso en una mano en el momento de rendir á Atahualpa.

Despues de haber recogido los despojos en el campo de batalla, celebraron los españoles á su manera su terrible victoria. Al dia siguiente se apoderaron del campamento del inca, donde encontraron inmensas riquezas en oro, plata, muebles y telas de gran valor: bien pudieron saciar su avaricia, porque estos tesoros de todas clases sobrepujaban á sus esperanzas.

Asi empezaron los españoles la série de sus conquistas, dejando recuerdo de su entrada en el Perú, en este vasto y hermoso pais al que el antiguo mundo debe dos producciones preciosísimas, cuyo descubrimiento fué un verdadero beneficio para la humanidad: estas producciones fueron la patata y la quina. El Perú, y principalmente la fértil provincia de Quito, es en cierto modo la patria de la patata; de allí es desde donde ha sido trasportada á otras localidades de América, y por último á Europa. Todo el mundo conoce y aprecia la utilidad de este tubérculo, que constituye hoy dia el principal alimento del pobre, que no es despreciado en la mesa del rico, y que se recomienda á la vez por sus cualidades nutritivas y su



Atahualpa conducido en palanquin.

Al escuchar estas palabras que á los españoles importaba considerar como insultos á la religion y audaces profanaciones, resuenan gritos de venganza y de muerte.

—«Matemos á estos perros que desprecian las palabras de Dios, y pisotean el libro de sus santas leyes.»

Pizarro, como si esperase esta señal, dió la órden de disparar contra los peruanos; la infantería empieza la batalla al son de los instrumentos bélicos; la caballería sale de su emboscada, y Pizarro al frente de sus mejores soldados se precipita sobre la muchedumbre que defiende al emperador. Sorprendidos, asustados con tan imprevisto ataque los infelices peruanos, huyen de la muerte que los arcabuces les envían, y la caballería sigue su alcance á cuchilladas. Los principales de la nacion permanecian firmes junto á su rey, muriendo por defenderle; pero el intrépido Pizarro es el primero que rompe hasta Atahualpa, le coge por un brazo y le hace prisionero. La noche solo puso fin á la batalla.

Cuatro mil peruanos, entre los que se contaban algunas mugeres, niños y ancianos perecieron en esta horrible jornada: de los vencedores ninguno quedó he-

*Viage ilustrado.*

baratura. No tenemos necesidad de hacer el elogio de la quina: es la corteza de un árbol que solo se cria en el Perú y produce unas hojas y flores parecidas á los jacintos de Europa. Ha habido época en que la libra de quina costaba cien escudos.

Atahualpa, prisionero de los españoles, no se manifestaba abatido por la desgracia de que habia sido víctima. Encerrado en una sala que tenia veinte y dos pies de largo, por diez y seis de ancho, ofreció á Pizarro que la llenaría de oro hasta la altura á que pudiese alcanzar con la mano, puesto de pie derecho, si queria darle la libertad. Pizarro, contentísimo de una oferta tan seductora, trató de aprovecharla haciendo una señal en la pared á la altura convenida. Al instante Atahualpa envió á Cuzco, á Quito y á otras ciudades sus agentes con órden de proporcionar el tributo estipulado. Los peruanos se apresuraron á obedecer, trayendo oro de todas partes; pero la pieza nunca se llenaba, á lo menos tan prontamente como deseaban los españoles, y Pizarro murmuraba de esta lentitud que el inca atribuía á la distancia de los parages, desde donde debia traerse el oro. En efecto, Cuzco está cien leguas de Caxamarca, y las comunica-

ciones eran muy dificultosas entre estas dos ciudades. Para calmar la impaciencia de Pizarro, el inca le propuso que enviase dos de los suyos á Cuzco, para cerciorarse por su testimonio de que el pacto estipulado por el monarca podía ser cumplido, y que no habia contado en vano con el amor de sus vasallos.

Soto (1) se presentó para desempeñar esta espuesta comision, acompañado de un solo español, llamado Barco. Atahualpa les invitó á que subiesen en una de sus literas, á fin de que los peruanos les tuviesen mas respeto.

Llegados al parage en que habian de cumplir su comision, se quedaron pasmados á vista del oro y plata que contenian los palacios de Atahualpa y los templos del Sol; pero el espectáculo de tantas riquezas inflamó de tal modo su codicia, que exigieron que se despojases tambien los edificios sagrados. Esta peticion hizo estremecer á los peruanos, y en vano representaron á los dos españoles que no era necesario cometer un sacrilegio para proporcionar el rescate del monarca. Soto y Barco se pusieron á arrancar con sus propias manos las láminas de oro que cubrian las paredes de los templos, y era tal el terror que inspiraba el nombre español, que los peruanos permanecieron inmóviles á la vista de la espoliacion que ejecutaban con el mayor descaro aquellos dos hombres, solos en medio de un numeroso pueblo, cuya piadosa indignacion parece que desafiaban.

Mientras que los dos enviados de Pizarro desempeñaban de esta manera su comision, se recibió en el cuartel general la noticia del regreso de Almagro, que traia un poderoso refuerzo y habia fondeado en San Miguel. Entonces, con el temor de que los recién venidos reclamasen una parte del botin, se decidió que se hiciese la distribucion, aunque la totalidad del oro que debia ser el rescate de Atahualpa estaba muy lejos de estar completa.

Se reservó el valor de cien mil piastras para Almagro, despues Pizarro, sus hermanos y los demas capitanes recibieron la parte que les correspondia segun sus grados. Tocaron ademas ocho mil piastras á cada ginete y cuatro mil á cada soldado de infanteria. La piastra equivale á veinte reales de nuestra moneda; pero en aquella época diez escudos valian mas que ciento en el dia. Asi es fácil figurarse el enagenamiento de aquellos hombres, reclutados la mayor parte entre las clases bajas de España, cuando se vieron poseedores de tan grandes riquezas.

Hubo entre ellos muchos que manifestaron á Pizarro el deseo de volver á España, para disfrutar pacíficamente el caudal que habian adquirido en el Perú. Pizarro no creyó que debia detenerlos, juzgando con razon, que ya no podia contar con unos hombres cuya codicia estaba satisfecha.

Almagro llegó á Caxamarca con el espresado refuerzo; pero asi que llegó se suscitaron contestaciones enojosas entre él y Pizarro: Almagro se quejaba de la desigualdad con que se habia distribuido el botin, y aunque estaba reservada para él y sus compañeros una suma muy considerable, reconvino á Pizarro porque se habia adjudicado la parte mayor. Pizarro consiguió con regalos y promesas calmar el re-

(1) Este Soto, que ya era entonces la segunda persona del ejército, fué despues gran favorecedor del Inca, es el mismo Hernando de Soto, conquistador de la Florida y émulo en este pais de las glorias de Cortés y de Pizarro.

sentimiento de su asociado y la reconciliacion de estos dos hombres pareció sincera.

Entretanto Atahualpa habia aprontado la cantidad de oro estipulada por su rescate y todavia estaba prisionero. Lejos de ponerle en libertad, los españoles ni aun tenian con él las consideraciones que se debe á la desgracia: harto de humillaciones, respondian á sus quejas con nuevos ultrajes.

Todos los españoles, tanto los de Almagro como los de Pizarro, deseaban verse libres de aquel prisionero: se temian que mientras viviese, el oro que se continuaba recogiendo bajo el risible nombre de rescate, llegase á ser presa esclusiva de Pizarro y de los suyos. Pizarro, por su parte, tenia ademas que vengar una ofensa personal que se imaginaba haber recibido del inca y no tardó en presentársele una ocasion favorable á su designio.

Habia un miserable llamado Felipi'lo, que habia desempeñado de un modo ridiculo las funciones de intérprete en las negociaciones entre españoles é indios y que gozaba mucha privanza con Pizarro. Esta privanza le hizo tan insolente, que se atrevió á pretender la mano de una de las mugeres del Inca, hija del Sol; pero conoció que no podia verificarse este enlace mientras viviese el monarca prisionero: era por lo tanto preciso que muriese.

El infame denunció una conspiracion imaginaria, cuyo gefe decia ser el inca y supuso reuniones de peruanos, que á una señal de Atahualpa, debian pasar á cuchillo á todos los españoles. Los hombres que deseaban desembarazarse á toda costa del inca, acogieron al instante esta acusacion tan grave. Se formó un tribunal que pronunció su sentencia, siendo Pizarro el encargado de anunciársela.

Al escuchar Atahualpa esta noticia empezó á llorar, y postrándose á los pies de Pizarro, puso á Dios por testigo de su inocencia, quejándose de la deslealtad de los hombres barbudos, que despues de haberle hecho pagar el importe de su rescate, querian todavia darle muerte. Por último suplicó á Pizarro que si dudaba de su veracidad, le enviase á España, comprometiéndose á llevar en persona al emperador una gran cantidad de aquel metal á que los españoles daban tanta importancia.

Las lágrimas, las súplicas, las promesas, todo fué inútil. El inflexible Pizarro contestó friamente al inca, que ya no estaba en su poder el impedir ó suspender la ejecucion de la sentencia. Hizo despues una seña á muchos negros que estaban esperando, para llevarse al infeliz monarca, al que pocos momentos despues ya le habian dado garrote. La sentencia era de quemarle vivo; pero se mitigó su suplicio porque habia consentido en recibir el bautismo.

Ciertamente que fué muy cruel la conducta de Pizarro; pero la suerte que tuvo Atahualpa ¿no se puede considerar como una especie de espacion con que la justicia divina queria castigar su crueldad con su hermano Huascar, al que habia mandado asesinar poco antes del regreso de Almagro, y con toda la familia de los Incas que habia inmolado á su ambicion sanguinaria.

Dejaba muchos hijos y dos hermanos: Pizarro queria que le sucediese uno de sus hijos en el trono de los Incas: para valerse de este fantasma de rey en sus proyectos de conquista. Este niño con todos sus hermanos y hermanas se hallaba entonces en Quito, donde de Atahualpa los tenia confiados á la custodia de un

general peruano llamado Ruminagui. Antes de morir, el Inca le habia enviado uno de sus ministros, recomendándoselos de nuevo á su vigilancia y lealtad: despues le enviaron tambien su cadáver, para que dispusiera se le hiciesen unos funerales dignos del rango que habia ocupado.

Pero el general peruano, ingrato y feroz á un mismo tiempo, hizo que dieran muerte no solo á los hijos del desgraciado príncipe, sino á todos los personajes que habian concurrido á Quito para asistir á sus funerales.

Mientras que Ruminagui se bañaba en Quito en la sangre de Atahualpa y sus mas fieles servidores, otro general, no menos ambicioso que él, hacia proclamar inca en el Cuzco, aunque solo por la forma, á uno de los hermanos de Huascar, llamado Pauli. Este general se llamaba Quizquiz. En las demas provincias del imperio, otros gefes trataban de aprovecharse de aquellas turbaciones para apoderarse del poder: en todas partes reinaban el desorden y anarquía.

Semejante estado de cosas era en extremo favorable á los designios de Pizarro. Púsose en camino inmediatamente para el Cuzco, llevando en su compañía al jóven inca; pero se le murió en el viage. Esta circunstancia no le detuvo; porque habia recibido poderosos refuerzos de Panamá y otras colonias españolas, y ademas no podia contar con una seria resistencia por parte de los peruanos divididos. Quizquiz es verdad que habia reunido tropas numerosas, tratando de oponerse á la marcha de los españoles; pero, siempre vencido, ni aun pudo defender las avenidas de la capital. Pizarro entró en ella despues de varios encuentros en que apenas tuvo cinco ó seis hombres ligeramente heridos.

El tesoro que Atahualpa habia entregado por su rescate, era poca cosa en comparacion del botin inmenso que hallaron los españoles en Cuzco, á pesar de que los habitantes de la capital habian huido con sus efectos mas preciosos. Pero desde este momento, el oro que los españoles encontraban en tanta abundancia, empezó á no tener valor á sus ojos. Los simples soldados rasos eran tan pródigos de él, que jugaban entre sí unas sumas que ningun soberano se hubiera atrevido á aventurar. Un par de calzones, lo mismo que un par de botas, se pagaba en treinta piastras: un caballo costaba quinientos ó seiscientos ducados, y aun mucho tiempo despues de la época de que se trata estos precios se mantenian tan subidos, subsistiendo el poco valor del oro.

Ocurrió por entonces un suceso terrible que vino á turbar toda la alegría de Pizarro: un buen destacamento de sus tropas, marchando con ciega seguridad, fué sorprendido en una emboscada por los peruanos, y muchos soldados españoles cayeron vivos en su poder. Fueron llevados delante de un hermano de Atahualpa, llamado Titu-Autaché, para que dispusiese acerca de ellos. Se reconocieron algunos que habian tenido parte en la muerte de Atahualpa, y otros que habian hecho los mayores esfuerzos para salvarle. Titu-Autaché hizo que diesen garrote á los primeros, á quienes ataron al mismo poste que habia servido para el suplicio de Atahualpa y puso en libertad á los segundos á quienes despidió colmados de magníficos regalos.

En este intervalo, un suceso de otra naturaleza, pero cuyas consecuencias debian ser mucho mas graves para los españoles, fué en cierto modo la señal de un trastorno general.

*Viage ilustrado.*

Pizarro habia dejado á su teniente Belalcázar en San Miguel con un corto número de soldados: cuando aquel tuvo noticia de la toma de Cuzco y supo el rico botin que habia tocado á los soldados de Pizarro, quiso tambien tener su parte de riquezas y de gloria y formó el proyecto de apoderarse de Quito, capital de la vasta comarca de este nombre, destruyendo á Ruminagui, que se habia constituido soberano. Reforzado con algunas tropas que llegaron á San Miguel, dejó en este punto un corto destacamento y marchó resueltamente contra Quito. Triunfó á fuerza de valor y de constancia, de las dificultades de un camino muy penoso al través de impetuosos torrentes, de selvas casi impenetrables y de profundas lagunas. La esperanza de una rica y abundante presa, sostenia y animaba á Belalcázar y sus intrépidos compañeros. Despues de haber superado todos estos obstáculos, de haber vencido y hecho huir á Ruminagui que habia tratado de impedir su marcha, entraron por fin en Quito. Pero un cruel desengaño les esperaba en esta capital, donde creian encontrar el resto de los tesoros de Atahualpa. La ciudad habia sido abandonada por los habitantes, que se habian llevado todos los objetos que pudieran ser de algun valor.

Apenas se habian instalado en su estéril conquista, cuando apareció en las cercanias de Quito un cuerpo de tropas españolas al mando de Alvarado, el antiguo capitán de Cortés.

Nombrado por el conquistador de Méjico, gobernador de la provincia de Guatemala, situada en las costas del mar del Sud, mas allá de Tabasco, supo los triunfos de Pizarro en el Perú y formó el proyecto de concurrir él tambien, porque el descanso á que le condenaba su gobierno de Guatemala, no convenia de ningun modo á su carácter aventurero y á su actividad infatigable. A su voz acuden numerosos soldados que se reputaban felices en seguir la bandera de tan famoso capitán, y bien pronto se encontró á la cabeza de quinientos hombres, entre los cuales habia doscientos bastantes ricos para comprar un caballo.

Desembarcó en Puerto-Viejo, situado un poco al Sud, mas allá de la línea, y desde allí se dirigió hácia Quito. ¡Pero qué fatigas, qué padecimientos van á poner á prueba la intrepidez del gefe y de los soldados! El hambre les hizo matar los caballos y no encontraban alivio del tormento de la sed, mas que en las gotas de rocío recogidas en la concavidad de las hojas de algunas plantas. Tan pronto les faltaba el aliento con los ardores sofocantes de un sol abrasador, tan pronto el frio cruel que reina en las montañas hiela sus miembros y los deja entorpecidos. Los cadáveres de sesenta compañeros quedaron en el camino. Unas veces tenian que sufrir la nieve, y otras veces una lluvia de cenizas ardientes que despiden los volcanes inmediatos á Quito, las que llevadas por el viento los envuelven en una nube de fuego que no les deja respirar.

No habia obstáculo, sin embargo, capaz de detener á Alvarado y sus campeones, y llega por fin con ellos á vista de Quito.

La aproximacion de un cuerpo de tropas españolas causó la mayor inquietud á Belalcázar, á quien Pizarro se habia incorporado con su pequeño ejército. Era un aliado ó un enemigo el que se presentaba? Para salir de la duda, los dos gefes reunidos enviaron siete ginetes á la descubierta; pero cayeron en poder de los soldados de Alvarado, quienes los llevaron prisione-